

EL BIEN COMÚN DE LA HUMANIDAD, DESAFÍOS Y POSIBILIDADES DESDE LA GUERRA EN COLOMBIA: FRANCOIS HOUTART, TESTIMONIO DE VIDA Y COMPROMISO POR LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PAZ DURADERA.

Por Lilia Solano

No se trata de abordar aquí la totalidad de la obra de F. Houtart, tal como así parece amenazarlo el título de la reflexión que ofrezco a continuación. Los siguientes párrafos surgen de tres de sus obras: *Sociología de la religión*,¹ *Deslegitimar al capitalismo, reconstruir la esperanza* y su escrito en colaboración con Víctor Hugo Jijón, Gian Carlo Delgado y Wim Dierckxsens, y que lleva por título *Las relaciones sur-sur y el desafío de un nuevo proyecto de civilización*. Además, la reflexión que ofrezco a continuación explora los lazos existentes entre la vida y obra de François Houtart y el peregrinaje de Colombia hacia un horizonte de pos conflicto.

Los ejes sobre los que hago girar esta conversación, son básicamente dos. Me refiero a la figura de Camilo Torres, con quien Houtart mantuvo una relación estrecha durante los años. Tan pronto se ponen estos dos nombres en un mismo escenario se enriquece el horizonte común que los unió, a saber: la búsqueda de la paz. La de Camilo Torres y Francois Houtart no es una búsqueda cualquiera, sino un esfuerzo que demanda ser claramente diferenciado. A la paz se llega por un camino marcado por fuertes compromisos éticos y transformaciones radicales profundas. Estos dos componentes de la búsqueda de la paz resonarán a lo largo de la siguiente presentación que pretende honrar la memoria de Francois Houtart, cuyo interés innegociable en el bien común se hizo sentir en los esfuerzos por buscar la paz en Colombia. Pero volvamos brevemente a los dos ejes anunciados:

El primero tiene un inocultable acento de perplejidad. Se trata del rasgo largamente probado en el neoliberalismo reinante que desnuda la falacia como una de sus

¹ Me valgo aquí de la tercera edición publicada por Justicia y Vida, en Bogotá, en el año 2006.

piedras angulares. Houtart nos inspira al sugerir una salida al problema de la falacia. Esta salida, que está apalancada en un concepto de la verdad como bien común del que me ocuparé en breve, guarda rasgos concordantes con las directrices éticas de la vida de Camilo Torres. Su carácter de líder sentipensante,² para tomar en préstamo el neologismo de Ernesto Cardenal, se fundamenta en la influencia determinante que jugó sobre su vida su concepto de « amor eficaz » (2016b)³ un concepto que lo llevó no solamente a tomar iniciativas concretas de organización popular y de acción política, sino que también le señaló las fronteras a la lucha armada.

En lo tocante al segundo eje, y conservando el hilo con lo falaz del ordenamiento actual, abordo las dificultades en la creación de una alternativa proveniente del Sur global. Parto de la premisa de que el bien común es la preocupación central en Houtart. Lo común de lo cual participamos todos y todas en una cultura determinada encuentra su manifestación en aquellos bienes que, por enraizarse en lo común, apuntan a y afianzan ese bien común cuya defensa y preservación debería ser la motivación igualmente común de los integrantes de una cultura. Cuando lo común pasa a ser propiedad individual se produce una ruptura en las relaciones humanas y en los lazos con la naturaleza; ruptura que imposibilita el disfrute de la vida. La defensa del bien común no es un eslogan propagandístico ni un grito de batalla que movilice a la lucha. Esa defensa es la expresión concreta de posturas éticas innegociables. Para abordarlas se hace ineludible el cuestionamiento a los fundamentos del actual ordenamiento que, al privatizar los bienes comunes, invalida el bien común. En este punto es fundamental para Houtart, quien no se deja distraer por los llamados a la concordia propios de la doctrina social de la iglesia, sino que apuntan a los cuestionamientos de la estructura social de la dominación y las bases mismas del capitalismo (Houtart).

² En otra parte ofrezco una reflexión sobre Camilo Torres en torno al concepto de líder sentipensante. Ver mi artículo, “Lecciones de la acción sentipensante de Camilo Torres.”

³ Francois Houtart, <https://www.nodal.am/2016/02/camilo-torres-y-el-proceso-de-paz-en-colombia-por-francois-houtart/> (consultada el 5 de Julio de 2018). En su reflexión sobre el legado de Camilo Torres, Houtart destaca en el acápite No. 3 el papel determinante de este concepto cristiano en la vida y pensamiento del cura guerrillero.

Permítanme a continuación abordar estos dos ejes en detalle: en primer lugar, el problema de una sustentación lógicamente falaz; y en segundo lugar, las dificultades que tales sustentaciones gaseosas les plantean a las dinámicas de resistencias al punto de entorpecer sus construcciones de realidades alternativas. Esto último es más visible en la Colombia del posconflicto, ya que, como anotaré más adelante, se alcanzó un desarme tal como lo quería el gobierno colombiano, sin profundizar el cuestionamiento a los fundamentos que originaron el conflicto.

Encontramos en el amplio trabajo de Franz Hinkelammert las bases de esta reflexión en particular en el libro « Economía para la Vida »

El problema de una sustentación lógicamente falaz

La escena corresponde a un clásico del cine universal. En “El séptimo sello,” de Ingmar Bergman, el personaje central aparece intentando cortar con un serrucho la rama del árbol en la que está sentado. La muerte se le aparece con tono persuasivo. El personaje de la película intenta negociar con la muerte sin detenerse en su empeño de cortar la rama. La escena en sí es una oda al absurdo, no solo de la existencia, sino del mapa conceptual que opera en la humanidad y por el cual se orienta: el ser humano insiste en cortar la rama sobre la cual está sentado.

Sin proponérselo, Bergman ofrece una parábola de lo que hoy plantea el neoliberalismo: la rama del árbol sobre el cual nos sentamos, esto es, el bien común que sustenta nuestra existencia, está siendo cercenada por nosotros mismos. Defenderla parecería cuestión de sentido común. Sería motivo de sorpresa mayor que alguien no asumiera el bienestar común como punto de partida de toda reflexión y acción en el escenario de lo público, como la rama en la que se sienta la humanidad entera. Mas no es así. La defensa del bien común se ha convertido en las últimas décadas en una lucha que ya a estas alturas se libra en la frontera entre lo que se consagra como legítimo y lo que se condena como ilegítimo. No resulta tan persuasivo, como se pudiera establecer a primera

vista, que la supervivencia de todos sea del interés de esos todos. Poco tiene que hacer la muerte tratando de negociar con nosotros. Preferimos el serrucho a la rama.

¿Cómo se podría explicar, entonces, ese fenómeno que lleva a minimizar, en el mejor de los casos, lo empíricamente corroborable, la prevalencia de los bienes comunes, y satanizar los medios para alcanzarlos los cuales han de ser de carácter colectivo? La obra de Francois Houtart apunta a ese horizonte. Desde su *Sociología de la religión* (2006a) hasta el punto en que se convierte, décadas después, en creador y cerebro del Foro Social Mundial, Houtart no ha cejado en su empeño de resaltar y defender lo que no habría de causar grandes conmociones: el bien común.

No habría de ser mayor el sobresalto de no ser que en algún momento la humanidad acepto parapetarse en la falacia.⁴ Por cuanto se requiere de una dosis considerable de creencia, de convicción, antes que de persuasión surgida en el debate, para que una aseveración se mute en dogma, puede decirse que el clima que acepta la falacia es uno moldeado por la fe. El discurso de la fe suele regirse por el relato único, por una versión singular de la realidad. Tal ha sido el fenómeno reciente en Colombia, acentuado por décadas de unanimismo en torno a una sola realidad impuesta desde las instancias de poder. El relato único desoye la multiplicidad de perspectivas a las que Pierre Bordieu nos llama la atención, en su capítulo “El espacio de los puntos de vista” (1999:9-10), cuando observa que ámbitos como la ciudad y la escuela reúnen de manera forzada a individuos provenientes de los más dispares contextos. Sin embargo, y a despecho de esa diversidad, tanto la una como la otra les imponen a sus congregantes una sola vía de explicación y construcción de la realidad. De manera similar, Colombia pasó por alto el hecho de que los puntos de vista son elementos constitutivos del espacio e impuso solamente uno, a saber: el modelo económico sobre el que se funda el Estado colombiano

⁴ En otro artículo (“Humanismo y paz en Colombia: Posibilidades de un posconflicto en Colombia bajo la égida de la fe neoliberal”), afirmo lo siguiente: “Desde el trompetazo inicial a la Fukuyama a comienzos de la década de los 90, que anunció un triunfo final del capitalismo y, por lo tanto, el final de la historia, ya se hizo evidente que el neoliberalismo que reclamaba el control se erguía sobre endebles bases falaces.” Ver, además, Dario Indalecio Restrepo Botero, *La falacia neoliberal: Crítica y alternativas*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003; Miguel A. V. Ferreira, “La falacia neoliberal: Apuntes reflexivos sobre el fin del capitalismo,” en *Intersticios Revistas Sociologica de Pensamiento Crítico*, Vol. 6(1), 2012, págs. 7-24).

está fuera de toda discusión. He ahí, a mi juicio, la génesis de la falacia como mito fundante y la aceptación acrítica de tales bases.

Sin embargo, la explicación es más compleja. Buena parte de la supremacía que actualmente goza la falacia se debe a la aceptación amplia que goza la premisa debatible del *homo economicus* como un individuo autónomo que está motivado primordialmente por el interés personal. La sociedad, en consecuencia, no es más que la sumatoria de tales individuos inconexos entre sí. La crítica a tal postulado es el punto de partida de estudios como el de Herman Daly & John Cobb Jr. quienes lanzaron, hace una treintena de años, un alegato en defensa del bien común (1989:1-250). Su propuesta busca alinear las macroestructuras económicas con las dinámicas que operan a niveles locales. Así por ejemplo, de persistir la prevalencia de grandes centros de poder, no les será posible a los gobiernos ejecutar acuerdos como, por ejemplo, los contemplados en tratados de libre comercio por cuanto estos exigen la ausencia de la mediación estatal a niveles micro (1989: 311ss). Sin embargo, observan Daly & Cobb, de no erosionar la falacia del *homo economicus*, la macroestructura reinante seguirá imponiendo su relato falaz obligando así a las dinámicas locales a que se le sometan, con las consecuencias nefastas para el bien común que, tres décadas más tarde, nos siguen afligiendo.

No obstante, persiste la insistencia en darle a la falacia su lugar preponderante. Como bien lo sustenta Francois Houtart en su trabajo demostrando que la reconstrucción de la esperanza pasa por la deslegitimación del capitalismo (2008), el sacrificio del bien común en el altar del crecimiento económico no para mientes en si una argumentación ha de atenerse o no a los mandatos de la verdad.⁵ Esto es, poco importa si el discurso sigue lineamientos lógicos. A modo de ilustración, Houtart fija su atención en los desafíos que plantea la gobernanza del agua y observa que “el agua se inserta en una realidad de relaciones sociales creada por las desigualdades económicas, tanto entre las naciones como en el seno de los propios países” (2008:95). No obstante que la consecuencia lógica

⁵ Soy consciente de la problematicidad de verdad en tanto concepto y guía de acción. Sin embargo, la menciono en una acepción un tanto cercana a la de Popper para quien la verdad es una realidad de dimensiones tan sobrecogedoras que nunca estamos seguros de haberla aprehendido.

de esa interconexión debe conducir a tratados que cuiden de un bien tan común, el agua se gobierna con la lógica contraria, la del privilegio particular.

La disparidad entre una lógica afincada en el bien común y la que opera a nivel de sus aplicaciones económicas que privilegian el bien particular hace manifiesto al acierto en la observación de Houtart quien pone en primer lugar las relaciones entre individuos, comunidades y la naturaleza. Desde Foucault se viene insistiendo en que la legitimidad última de cualquier ordenamiento socioeconómico pende del sitio de honor que se le otorgue a la vida en toda su concreción. Si el *homo economicus* accediese a la lógica proveniente de la primacía del bien común, su interés se orientaría hacia el bienestar, antes que la ganancia o la acumulación. Aparentemente se trata de una premisa de formulación simple. Sin embargo, ¿a qué se debe el desdén al que se le condena?

A juzgar por las conclusiones a las que llega Francois Houtart (2008) en las que el énfasis se pone en lo axiológico, se puede deducir que la prelación de la falacia como ardid argumentativo denota, no solo una fractura ética más que se suma a las enunciadas por Houtart (2008:160-169), sino también que el imperio de la falacia implica otra expropiación del bien común. A fin de que el bien común se asumido como tal, como *bien*, debe reconocerse que este concepto constituye un punto de contacto, uno más entre varios, entre la esfera ética y la económica. De manera similar a lo que sucede cada vez que un bien económico se privatiza, cuando un bien moral se pone al servicio de una prerrogativa particular la bancarrota ética es el paso a seguir. El bien, una vez privatizado, se convierte en instrumento de legitimación de una estructura excluyente de poder. Uno de sus resultados es que ya no quedan elementos para cuestionar el ordenamiento así apuntalado. El espacio reducido de acción que deja el bien privatizado es el de la moralización de ese ordenamiento, no el de su transformación. Ese espacio reducido solo puede dar cuenta del descontento, pero al carecer de un discurso alternativo (no puede tenerlo ya que el bien está en el poder) no logra articular perspectivas alternativas. Solo resta para la acción social un lavado de rostro que le reste al sistema imperante sus rasgos de crueldad. Sin embargo, y en palabras de Houtart, “No se trata... de moralizar el sistema económico y sus prolongaciones políticas, sino más bien de cambiar sus parámetros para

que todos los seres humanos puedan realizarse física, cultural y espiritualmente.” Antes de permitirle a Houtart que termine su afirmación, conviene mencionar que justo en este punto se une con Camilo Torres en su esfuerzo por ir a la raíz del conflicto social colombiano, pues concluye diciendo: “Una ética con referencias religiosas, que no llegue a tal punto, no responde a la dimensión profética de la Fe” (2008:161), que es lo que Camilo Torres buscó acaballado en su convicción del “amor eficaz.” Es eso también lo que explica el vacío en el debate colombiano en torno a la paz. Se buscó un desarme sin atender las profundas raíces del conflicto que llevó a las armas.

Esta mención ética demanda una explicación ulterior ya que, al cuestionar la falacia como fundamento de una realidad, sin mencionarlo se está planteando un desafío desde un concepto de verdad. Para explicarme, traigo a colación un opúsculo escrito por el filósofo inglés Julian Baggini, *A Short History of Truth* (2017). No hay nada de novedoso en la reflexión un tanto facilista de Baggini, nada que no hayamos aprendido desde Aristóteles en lo tocante a la verdad, ni nada diferente a lo que ya nos enseñó Foucault en lo relacionado con la verdad y el poder. Lo destacable aquí es su énfasis en nuestra actitud hacia la verdad. Baggini parece dar por superado el debate en torno al contenido de la verdad para resaltar un aspecto conductual. He ahí el problema al cual Francois Houtart llama nuestra atención. Es un problema actitudinal de doble filo. Por una parte, se capitula ante el poder, o los poderes, que definen e imponen la verdad. Pareciera, y esta es la segunda parte del problema al que Houtart nos llama la atención, que en vista de que prima el bien particular, ante la verdad impuesta no resta más que el acomodamiento ya que este garantiza bienestar, al menos en un corto plazo.

Sin embargo, ¿no es acaso la verdad un bien común? ¿No está esa expectativa en el fondo de nuestras luchas en pro de la defensa y goce igualitario de esos bienes comunes cuyas realidades concretas nos esforzamos en demostrar? Si bien desde las instancias del poder se imponen hermenéuticas que perfilan realidades acordes con los intereses de dichos poderes, no podemos apelar a esos mismos instrumentos interpretativos cuando postulamos alternativas de resistencias deslegitimadoras del capitalismo voraz. Las pretensiones posestructuralistas que relativizan la realidad y

minimizan su concreción, sobre todo histórica, pretensiones que nos atraen hasta el punto de encontrarle cierto grado de legitimidad, también tienen sus fronteras. Uno de esos puntos límites más claros es el que ofrecen las resistencias de los pueblos. Esa frontera constituye, a su vez, el carácter común de la verdad como bien. Es tan común a todos la verdad como bien, la verdad como casa común, la verdad como yuxtaposición de diversos relatos, la verdad como rechazo a una historia singular y única, que incluso en ella las mismas clases dominantes pueden encontrar un bienestar legítimo. En una entrevista dada a Juan Camilo Molina, de la Universidad Tecnológica Equinoccial del Ecuador, el mismo Francois Houtart reconoce que la pluralidad de perspectivas en la construcción de esa realidad ni siquiera puede reducirse al concepto de clase:

“Bueno, yo pienso que lo que he sentido en la Plaza Bolívar es lo que es el pueblo. Hemos utilizado mucho los conceptos de las clases sociales y es indispensable continuar con ellos porque con el capitalismo la contradicción fundamentada contradice la clase. Pero reflexionando en la experiencia sobre la clase, he visto ahí a centenares de campesinos, viejos y jóvenes. Y es impresionante ver a toda esta gente porque a veces también es con otros elementos diferentes a los que creemos. Porque hubo muchos estudiantes también, porque la manifestación era convocada por estos dos grupos, había una mezcla que también he mirado eso a toda esta gente diversa, altos, muy bajos, indígenas. He visto a esta marcha y he pensado: aquí tenemos el pueblo, el pueblo que desde un punto de vista sociológico es una palabra tan ambigua, que no tiene más una fuerza analítica pero cuando uno ve eso le viene la conclusión de que sí existe un pueblo, pero no con funciones muy definidas y que van a reunirse en no sé dónde.” (2017:57)

La consecuente demanda ética determina una postura que no es otra que la frontera de la resistencia, donde Houtart ha no solamente encontrado el terreno fecundo a su pensamiento, sino también uno en el que su pensamiento ha encontrado el desafío de su mayor o menor aplicabilidad. Sin duda, la misma frontera que llevó a Camilo Torres a buscar una salida por la vía armada.

No es frecuente en la historia, el intelectual que se foguea en el terreno práctico de la vida concreta con sus contradicciones mil. Houtart constituye una de esas excepciones. No podría ser de otra manera toda vez que a lo largo de su pensamiento y obra corre la preocupación por el bien común, y este no se doblega ante la pretensión de que la realidad es resultado exclusivo y excluyente de una interpretación particular que justifica el poder de turno.

Houtart afirma que la razón por la cual su reflexión privilegia el bien común en su texto *De los bienes comunes al bien común de la humanidad*⁶ se debe a que la crisis actual pone en peligro la supervivencia misma de la humanidad. La necesidad de diferenciar los bienes comunes del bien común, en Houtart, estriba en que los primeros son susceptibles de ser cuantificables, de ser reducidos a *commodities*, a bienes a ser transados en la bolsa. Son los bienes antes los cuales el necio confunde valor con precio. El bien común, por su parte, es el que he venido describiendo y en el que inscribo la verdad, el dato que, más que relato de una realidad concreta, es parte constitutiva de esa realidad. Se trata de aquella parte de la realidad que las resistencias resaltan como inapelable, pues de ser apelable se perdería la legitimidad de la defensa de los bienes comunes, aquellos que el capitalismo convierte en mercancía. En otras palabras, el bien común es la verdad de los bienes comunes. Si se diluye en las arenas movedizas del relativismo posmoderno, que es en realidad lo que hacen los regímenes en sus tareas de agenciamiento del capitalismo, las resistencias no tendrían otra existencia que la criminalización, ni otra vía que la capitulación ante el discurso único de la hegemonía neoliberal. Apropiarse del bien común mediante la privatización de los bienes comunes constituye la negación mayor de lo innegable: la realidad concreta del bien común cuya supervivencia encuentra en las resistencias de los pueblos su garantía de continuidad.

¿Y la iniciativa del Sur?

Ahora bien. De la identificación del bien común y sus bienes comunes atinentes se requiere el paso concreto a la constitución de la verdad de la resistencia y en la resistencia. Para continuar con la conexión entre Houtart y el proceso de paz en Colombia diría que del esfuerzo por cuestionar la falacia del discurso único neoliberal que el Estado colombiano logró excluir de los diálogos en La Habana, se debe pasar a los esfuerzos concretos por construir una sociedad de posconflicto en las realidades locales y concretas del país. La reflexión en torno a ese tránsito se enmarca en un ámbito global por dos

⁶ Tengo acceso al manuscrito inédito razón por la cual no aparece en la bibliografía al final.

razones: (a) Los diálogos de desarme en La Habana ocurren a tono con las dinámicas internacionales. El mercado sigue ampliando sus fronteras. No en vano, los voceros importantes del sector económico convencional colombiano manifestaron siempre su respaldo a los diálogos en La Habana. La desmovilización de actores armados despeja áreas del país que antes le habían estado vedadas a la exploración extractivista de recursos naturales. (b) De manera paralela, los movimientos sociales en Colombia se han mantenido en el contexto de las grandes movilizaciones desde el Sur global que desde hace décadas buscan alternativas a la hegemonía capitalista. También en este ámbito debe resaltarse la presencia de F. Houtart como motor del Foro Social Mundial que aglutina las fuerzas populares a nivel global, y en cuya agenda el conflicto colombiano ha ocupado un lugar preferencial.

La reflexión a esta altura demanda que ese aterrizaje ocurra en el terreno de lo local. Para seguir invitando a otros interlocutores, permítanme mencionar nuevamente a Daly & Cobb (1989) quienes privilegian dos ámbitos locales muy caros al movimiento social colombiano: la universidad pública y el mercado o iniciativa económica locales. Es posible que un tono similar se encuentre en Thomas Picketty (2014) quien, al identificar que el crecimiento de la ganancia es mayor al crecimiento económico como tal, recomienda la intervención del Estado sobre la ganancia del capital a fin de reducir la creciente desigualdad resultante de esa disparidad de crecimientos. En ese sentido, Picketty estaría haciéndole eco a la multiplicidad de voces provenientes del Sur global y de la realidad colombiana que sugieren recomendaciones similares. No obstante, y vale la pena resaltarlo, el trabajo de Picketty se sigue enmarcando dentro de lógica de mercado como incuestionable, pues al procurar reducir, que no superar, las brechas de clase, el así llamado *Marx francés del siglo XXI* hace a un lado la lucha de clases. Así lo reconocen Houtart, Jijón *et al* (2017:257) cuando ven en él una figura de importancia para una fase de transición, mas no como una agenda a seguir.

No obstante, Houtart no se contenta con la intervención estatal. Es posible que esas intervenciones contribuyan a aliviar los males causados por el sistema a quien el mismo Estado le sirve de agente. Sin duda el desarme acordado en La Habana se inscribe

en ese tipo de intervenciones. En lo que a mí respecta, soy una de las defensoras convencidas de la paz discutida, debatida y negociada. Igual se puede decir de Francois Houtart. No en vano su influencia fue palpable en el transcurso de las negociaciones. Sin embargo, el Estado, en tanto agente del capitalismo, consiguió evadir el juicio y apuntalar como intocable el postulado neoliberal sobre el que se sustenta.

Justo a renglón seguido a su reflexión en torno al bien común, Houtart introduce el problema de la transición de un modo de producción de riqueza a otro más amigable con el bien común de la naturaleza. A decir verdad, el modelo vigente no es de producción sino de extracción de riqueza. El capital global ha incrementado y acelerado su abordaje depredador a los recursos naturales. La implementación de políticas neoliberales ha significado una nueva fase del pillaje colonialista, justo cuando el pensamiento descolonizador empezaba a desplegarse. El Sur global, y a eso no escapa Colombia, ha sido reinstalado como la despensa de recursos naturales que debe satisfacer las nuevas demandas del mercado global generadas por la masificación de las nuevas tecnologías. Se hace necesario, además, recordar la presencia de un elemento perturbador que, sin embargo, parece ser un recién llegado a la escena: se trata de la obsolescencia programada. Este nuevo rasgo ilustra la permanencia de la falacia como sustentador de la realidad. Si bien abunda la información en torno a los efectos devastadores para el medio ambiente y las comunidades humanas en el mundo entero del incremento exponencial del consumo en virtud de la obsolescencia programada de artículos mayormente electrónicos, no hay acciones consecuentes que den al traste con ese nuevo serrucho que acrecienta el estado precario de la rama sobre la cual descansamos. Estamos ante una evidencia más de la vigencia de la falacia, que es el fundamento que Houtart se esforzó por erradicar.

Si la alternativa se orienta hacia la recuperación de lo local, urge entonces la apertura a transiciones. Las resistencias implican, en consecuencia, los tránsitos de economías extractivistas a economías a tono con la naturaleza, que no son las economías verdes tan dúctiles a las prerrogativas del capitalismo sino que predicen transformaciones profundas a nivel de paradigmas. En otras palabras, se habla del tránsito a una economía fundamentada en la reutilización antes que en el consumo, en el reciclaje antes que en el

desperdicio, en la reparación antes que en la obsolescencia; una economía que se reconcilie con el acceso a bienes y servicios antes que en su obtención y acumulación; una economía que se reconcilie con el concepto de disfrute de un bien antes que en mutar ese bien en ostentación.

Este orden de transiciones demanda, además, de la satisfacción de otra condición. El capítulo sexto de Houtart, Jijón *et al* (2017) ofrece un fascinante panorama histórico de la génesis, desarrollo y dificultades de la conformación del Sur global a partir de las instancias gubernamentales de los países representados en esos esfuerzos. Sin embargo, la condición de la dependencia aún no ha sido superada, no obstante los esfuerzos por articular un mundo multipolar. Los autores reconocen que “...no hay otra visión de desarrollo de las fuerzas productivas que la capitalista, en virtud de su eficacia a corto plazo y en la perspectiva de un progreso lineal en un planeta inagotable” (2017:229). Sin embargo, eso es así siempre y cuando se mantengan los mitos fundantes de la lógica del mercado que llevaron a la capitulación de la modernidad. Ya en otra parte, Houtart (2008) ha reconocido esta tendencia a mantener incólume el sistema a fin de permitir el cambio de actores. Así también lo muestra la historia de las relaciones sur-sur. A modo de ejemplo, basta con recordar la aparición de bloques como los BRICs. Su membresía cuestiona el concepto de “sur,” y sus dinámicas se orientan a valerse de y reforzar el sistema capitalista reinante. Así, entonces, concluyen Houtart, Jijón *et al*: “La modernidad llevada por la lógica capitalista ha impuesto su concepción del crecimiento, hasta el punto de invadir el conjunto del universo cultural colectivo, sean cuales fueren las perspectivas sociales. Es así que los BRICs y la mayor parte de los países del Sur adoptan el modelo de crecimiento del Norte, precisamente aquel que ha conducido a la destrucción medioambiental y a los desastres sociales que conocemos. De ahí la necesidad de pensar e innovar en el marco de una cooperación Sur-Sur” (2017:230, 239ss).

Sin embargo, Houtart mismo reconoce, en su entrevista al Prof. Molina, que la fuerza de cooptación de la falacia es tal que un movimiento de liberación históricamente muta en un aparato autoritario una vez ejerce el poder: “Pero vemos que una vez que llegan a un cierto poder político, muy rápidamente se transforman en socialdemócratas... (La cuestión es

que) no solamente van por coyuntura a una tendencia social demócrata sino también neoliberal. Todos los movimientos de liberación africanos que tenían una inspiración marxista, sin ninguna excepción, han organizado luego un sistema económico neoliberal. Es mi temor, que después de la paz las FARC podrían tener este tipo de tensiones, con muchos jalones, pero como una declaración de principios más que como un hecho político” (2017:51)

Frente a ese obstáculo, las dinámicas provenientes de los movimientos sociales en Colombia dinamizan esos esfuerzos en estos momentos de la quinta fase del capitalismo caracterizada por la explosión de las tecnologías de las comunicaciones y de la información a lo largo de las líneas de Francois Houtart y Camilo Torres: la prevalencia del común y la demanda ética del “amor eficaz,” respectivamente. Lo primero se hace aún más evidente en estos últimos días en los que la defensa del medio ambiente se ha constituido en el nuevo frente de lucha que reclama ya sus primeras víctimas. Lo segundo, en la convicción de que si al régimen se le reclama atender a sus límites, a que el poder no puede ser arbitrario ni se ejerce de forma absoluta, es porque a niveles locales se ha vivido como bien común el poder compartido, la pluralidad de voces en la construcción de una realidad democrática.

A modo de cierre

Si bien la dependencia del Sur respecto del Norte global parece reafirmarse en diversos sentidos, al mismo tiempo la dinamización de los movimientos sociales y sus iniciativas de resistencia se hacen más palpables gracias, en buena parte, a esas mismas tecnologías que alimentan la depredación de las economías extractivistas, las cuales siguen privilegiando el crecimiento a expensas de la sustentabilidad. No obstante, se demanda que, ante todo, toda iniciativa de movilización en procura del bien común y su defensa, tome en sus manos con toda seriedad el cuestionamiento a fondo del paradigma capitalista con sus mitos modernistas de progreso y crecimiento. El actual estado de cosas en el engranaje sur-sur no pasa de ser un remedo de la depredación que el Sur global ha

sufrido a expensas del Norte global. Este marco global es el contexto en el que Houtart inserta su concepción de las luchas sociales, su preocupación por la paz en Colombia, su aporte a la construcción de una sociedad de posconflicto, y su enriquecimiento del pensamiento de las luchas sociales.

No es fácil eludir lo que Houtart y sus colegas llaman “la cooptación de la modernidad a la lógica del mercado” (2017:249ss). Pareciera como si el mercado se hubiese ya naturalizado al punto que aparentemente no hay escapatoria a su lógica. Ha logrado, en efecto, “colonizar las mentes” (2017:253, citando a Gramsci). Las reacciones a esa cooptación se han producido tanto desde el centro del sistema como desde la periferia. Es innegable la resistencia a que los ideales y conquistas de la modernidad se hayan puesto al servicio preferencial de las dinámicas del mercado.

No obstante, la concepción de un sistema como totalidad que no permite alternativa alguna no pasa de ser una de las falacias fundantes del paradigma reinante. La tarea consiste en construir una modernidad que supere su lazo con la lógica imperante del mercado. No sería esta una modernidad posterior a la modernidad, sino una modernidad en ejercicio de su ideal moderno. Para ser breve y para diferenciarla de la alharaca posmodernista, hago eco a la síntesis de Houtart, Jijón *et al* cuando afirman: “La modernidad poscapitalista mide el bienestar más como la riqueza social presente y menos como la producida cada año por diversos actores privados.” (2017:258). La ruptura con el lazo de dependencia de la lógica del mercado se produce en el cambio del concepto de valor: al hablar del bienestar en términos de “la riqueza social presente” se está impulsando el valor de uso y desestimulando el valor de cambio (2017:280). La meta es que la economía esté al servicio de la vida, antes que sacrificar la vida en el altar del crecimiento económico.

Una modernidad poscapitalista demanda la orientación hacia el bien común mediante la defensa de los bienes comunes, lo cual implica un replanteamiento a fondo de las relaciones persona-persona, individuo-comunidad, individuo-naturaleza, comunidad-naturaleza. Se articula así el concepto del Buen Vivir, el cual se fundamenta en

una reformulación de las necesidades y de los deseos, en una nueva concepción antropológica. Los autores hablan de “una vinculación entre dos economías: la de lo suficiente y la de lo necesario” (2017:260). La definición de suficiencia y necesidad surge de un paradigma que privilegia la vida, el bien común, la casa común. Nuestra verdad, que es común.

El asesinato de líderes sociales en Colombia, está vinculado directamente a las luchas por los Bienes Comunes.

Bibliografía

Dario Indalecio Restrepo Botero, *La falacia neoliberal: Crítica y alternativas*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003

François Houtart, *Sociología de la religión*, Bogotá : Proyecto Justicia y Vida, 2006. (a)

François Houtart, <https://www.nodal.am/2016/02/camilo-torres-y-el-proceso-de-paz-en-colombia-por-francois-houtart/> (consultada el 5 de Julio de 2018). (b)

François Houtart, *Deslegitimar el capitalismo, reconstruir la esperanza*, Bogotá : Proyecto Justicia y Vida, Casa Editorial Ruth, 2008.

François Houtart, Víctor Hugo Jijón, Gian Carlo Delgado & Wim Dierckxsens, *Las relaciones sur-sur y el desafío de un nuevo proyecto de civilización*, Quito : Instituto de Altos Estudios Nacionales – Centro de Economía y Estudios Estratégicos, 2017.

Herman Daily & John Cobb Jr., *For the Common Good : Redirecting the Economy Toward Community, the Environment and a Sustainable Future*, Beacon Press, 1989.

Juan Camilo Molina Bolívar, “Contextos y perspectivas del proceso de paz y pos-acuerdos: Diálogo con François Houtart,» *Análisis Político*, Bogotá : Universidad Nacional de Colombia, vol. 30, no. 90, 2017, pp. 45-60

Julian Baggini, *A Short History of Truth : Consolations for a Post-Truth World*, Londres : Quercus, 2017

Lilia Solano, “Humanismo y paz en Colombia: Posibilidades de un posconflicto en Colombia bajo la égida de la fe neoliberal”

Miguel A. V. Ferreira, “La falacia neoliberal: Apuntes reflexivos sobre el fin del capitalismo,» en *Intersticios Revistas Sociológica de Pensamiento Crítico*, Vol. 6(1), 2012, págs. 7-24).

Pierre Bordieu, *et al*, *La miseria del mundo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de la Argentina, 1999.

Thomas Picketty, *Capital in the 21st Century*, Éditions du Soleil & Harvard University Press, 2014